

contra-marcha en dirección á la Capital el 5, y el 6 vió acometida su retaguardia por una fuerza republicana de dos mil hombres, de la que se defendió con buen éxito, pues disponía de un número mayor de tropas; pero al llegar á la Hacienda de Tochac, tuvo que sostener un nuevo ataque por la caballería que formaba la vanguardia del ejército de Oriente.

El 7 continuó la retirada, pernoctando en la Hacienda de la Luz, y el 8, al llegar á la de Sotoluca, se encontró con una fuerza de novecientos hombres al mando del Coronel Don Jesús Lalanne, quien tenía orden de hacerse derrotar, á fin de detener á toda costa al enemigo, mientras llegaba el grueso del ejército republicano.

Márquez, sin embargo, se abrió paso, llegando á la Hacienda de San Lorenzo, donde se situó el General Díaz, que permaneció á la vista, en espera de sus tropas, para batir al Jefe imperialista, quien, notando la llegada de éstas en gran número, y que tomaban excelentes posiciones, lo que hacía inevitable su derrota, abandonó durante la noche su posición, y continuó su retirada por el camino de Texcoco, al amanecer del día 10.

En estos momentos llegaban al teatro del combate las caballerías de Guadarrama, y la persecución se emprendió desde luego, obstinada y decidida, teniendo los imperialistas, para acelerar la fuga, que volar sus carros y repuestos de municiones, y que arrojar á las barrancas su artillería, que no pudieron pasar por el puente de S. Cristóbal, destruído con anticipación, dejando abandonados á sus muertos y sus heridos, que en regular número marcaban la sangrienta ruta de los fugitivos.

La persecución continuó más terrible, y aunque los imperialistas se defendían valientemente, con especialidad los cuerpos extranjeros de Cazadores y Húngaros, tuvieron al fin que ceder, y ya al llegar á Texcoco, eran pelotones y masas sin orden ni concierto, que buscaban únicamente la salvación.

Al penetrar los republicanos en dicha ciudad, cayó muerto el Coronel Mucio Maldonado, intrépido guerrillero que desde hacía tiempo combatía por la Independencia; la lucha, ó más bien, la persecución había sido encarnizada y tenaz; se había peleado todo el día, en una extensión de muchas leguas; el ejército estaba rendido, y al fin, el General en jefe, en la plaza de Texcoco, rodeado de su Estado Ma-

yor, mandó reunir las tropas, y sólo Leyva continuó persiguiendo á los dispersos hasta el Peñón Viejo.

Márquez se había puesto en salvo, huyendo velozmente hacia la Capital, adonde llegó la noche del 10: los restos de su columna destrozada lo verificaron al día siguiente, pregonando con su triste aspecto la derrota de San Lorenzo.

El sitio de la Capital comenzó el 12; y el Lugarteniente del Imperio, para paliar aquel desastre, dice que tomó la ravancha en México, defendiendo aquella plaza 70 días, sin que el enemigo pudiera tomársela; alarde de pueril vanidad, pues sabido es que un principio humanitario del Jefe del ejército de Oriente, impidió el derramamiento de sangre en un asalto inútil, puesto que el asedio debía dar, como dió, la rendición incondicional de la Capital, según lo veremos después.

